

EN TORNO A BALTASAR GRACIAN

Escribe: ALBERTO MIRAMON

En lo general los clásicos castellanos invitan a la soledad y a la contemplación mística. Cuando se sume uno en la lectura de Teresa o de los Luises, ¿no es verdad que place hacerlo lejos del mundo, en un lugar apacible y sereno, en una casa amplia y solariega en la que las horas, —marcadas por un reloj viejo—, van cayendo en la sensibilidad lentamente, casi sin ser notadas, extrahumanas, sin que dejen en el espíritu más que una vaga noción de tiempo y lugar?

Con el padre Baltasar Gracián se rompe esa característica de la áurea literatura castellana. Este clásico, a la vez filósofo y artista, diríase hecho para la discusión abierta y la disputa del montón, tanto como para la meditación erudita o la lucubración de los solitarios. ¡Tanta es la fuerza de luz que hay en su decir maleado —en concepto de Menéndez y Pelayo— por la cadencia literaria y el conceptismo de la época!

Mas no se operó siempre en este notabilísimo autor el fenómeno que dejamos apuntado. Gracián tuvo la mala fortuna de escribir un libro, inferior en forma y contenido a los otros con que hoy admira y sorprende. El gusto corrompido de su tiempo, las preocupaciones y afanes del momento histórico y espiritual en que le tocó vivir, le pagaron no obstante por él con una celebridad momentánea, celebridad que, a la postre, menoscabó en la posteridad la fama del resto de su obra y echó sobre ella los crespones del olvido.

Como si eso tampoco hubiera escapado a los ojos zahoríes del jesuíta, escribió: *"lo que tiene de inconstante la fortuna, tiene de firme la fama. La primera para vivir, la segunda para después"*.

Fue necesario el decurso de dos siglos, hasta que Schopenhauer tradujera "*El Oráculo Manual*" y Menéndez Pelayo publicara "*Las ideas estéticas en España*", para que los estudiosos de las letras castellanas comenzaran a interesarse por ese talento de estilista de primer orden, el segundo de su siglo en originalidad, del cual un gran filósofo alemán decía que era su escritor favorito.

Caracteriza y distingue a Gracián, del resto de los escritores de su tiempo, la concisión y precisión de la frase. Suyo es el aforismo celeberrimo de que *lo bueno si breve, dos veces bueno*; y así, lo que otros autores expresan en interminables y somnolientos galrones, él lo dice en sentencias breves, en aforismos lacónicos, pero enjundiosos.

Si, como quiere el dicho popular, para muestra basta un botón, he aquí la que nos ofrece el prefacio de *El Héroe*: "*emprendo a formar con un libro enano un varón gigante y con breves períodos, inmortales hechos...*".

Enemigo constante de toda pedantería, de la erudición fría y acompasada; observador psicólogo y escritor valiente, Gracián es también, a la par que un estilista, un precursor de la ciencia moderna tenido por muchos como digno sucesor de Luis Vives y Huarte.

La política predicada por Maquiavelo, política tremenda que conmovió a su tiempo e inquietó por los siglos a los hombres, es indudable que influyó bastante en la estructura de la obra de este jesuíta aunque, por razones obvias, declarara que *El Príncipe* le parecía obra dañósima para la educación política del pueblo.

El pensamiento de que más vale estudiar los hombres que los libros, fue el resorte secreto que impelió a Gracián a buscar en el trato diario, más que en las desnudas paredes de su celda jesuítica, la fuente de su sabiduría. Los que le conocieron dicen de él que entre los hombres alcanzó su prodigiosa cordura y sabiduría; que en el trato de las gentes, y no dentro del polvo de las bibliotecas, ensanchaba su experiencia de profundo moralista, y penetrando en los rincones más apartados del corazón, pulía sus violentas invectivas contra la miserable raza humana,

más fiera que las mismas fieras; contra las mujeres, verdadera peste de nuestra existencia, y contra el hombre, enigmático tejido de virtudes y flaquezas.

A ese su trato con el mundo le debemos, a más de lo dicho, una imagen extraordinaria de su patria y de su tiempo, de aquella España cogitabunda y tristonada de Felipe IV. Y qué contraste tan violento el que ofrece este religioso que proponía como dechado de varones al hombre que a fuerza de discreción se abre camino, aquel jesuíta que decía: *“tú que aspiras a la grandeza, alerta al primor. Formidable fue un río hasta que se halló vado. Todos te conozcan, ninguno te abarque, que con esta treta lo moderado parecerá mucho y lo mucho, infinito”*. ¡Qué contraste, decimos, con aquel soberano monarca anonadado por los acontecimientos del mundo externo y sobrecogido por el terror a lo sobrenatural, que se refugiaba días y meses en el ayuno y la oración sin atender a sus obligaciones y deberes de gobernante!

El mejor libro del mundo es el mundo mismo, decía Gracián, y, como hemos señalado, siempre tuvo abierto ante sus ojos escrutadores ese tesoro de sabiduría. Mientras el amo de España e Indias, el poderoso señor en cuyos dominios aún no se ponía el sol, desatendía los intereses de su corona par ameditar las epístolas místicas de sor María de Jesús Agreda, el jesuíta aragonés decía: *“seréis hombres tratando con los que son, que esto es propiamente ver mundo; porque advertid que va grande diferencia del ver al mirar; poco importa ver mucho con los ojos si con el entendimiento nada, ni vale el ver sin el notar”*.

¿No es verdad que, ante las diferencias entre Gracián y Felipe IV que hemos apuntado, salta la observación de que el rey tenía alma de religioso y el religioso alma de rey, ánima imperial que se le desbordaba del pecho enjuto y magro?

El apólogo y la alegoría, dos géneros de difícil ejecución en nuestra literatura, no tuvieron secretos para el padre Gracián. Quien acomete a fondo el estudio, que está por hacerse, de las corrientes literarias que han nutrido a través de los siglos las letras españolas y americanas, tendrá que tratar a espacio la

descollante habilidad con que el autor de *El Discreto* usó ese género tan mal aclimatado entre nosotros, como que es característico de las literaturas latina y francesa, y cuya ejecución ha sido tan difícil e infortunada que puede señalársela como escollo donde naufragan escritores de la talla de un Hernando del Pulgar, un Saavedra Fajardo o un Feijóo.

No tuvo par el clérigo aragonés en la originalidad y facundia de las invenciones fantástico-alegóricas, especialmente en *El Criticón* que le mereció este juicio del príncipe de los críticos peninsulares, don Marcelino Menéndez y Pelayo: "*verdaderamente maravilla y deslumbra allí, atando de pies y manos el juicio sorprendido por las raras ocurrencias y excentricidades del autor que pudo no tener gusto, pero que derrochó un caudal de ingenio como para ciento*".

Arturo Farinelli, el sagaz hispanófilo italiano, ha bordado admirablemente el tema de la posición ideológica de Gracián en el seno de la Iglesia a la cual perteneció por los votos sagrados y la honestidad ejemplar de su vida.

El atrevimiento de sus pensamientos filosóficos y su sagacidad escudriñadora le pusieron muchas veces en contradicción aparente con la Iglesia. Pero no es necesario traer a cuento el espíritu benévolo que hacía que del regazo de la Iglesia misma salieran los hombres de juicio más libre y sutil, los varones de más atrevidas ideas, como Erasmo, para explicarse el fenómeno, porque en el fondo, si bien se examina la cuestión, hallamos que su doctrina amarga y desconsoladora tiene asiento y base en las enseñanzas de los profetas y encuentra su sostén en el espíritu inconsolable de las Escrituras Sagradas. Dígalo si no aparte de *El Criticón* que parece calcado en las *Lamentaciones* de Jeremías: "*No tenéis que cansaros en buscar la felicidad en esta vida, milicia sobre el haz de la tierra; no está en ella. Os cansáis en buscarla de la cuna a la tumba, oh peregrinos del mundo, pasajeros de la vida*".

También ha sido llamado Gracián sucesor de Cervantes y par de Quevedo por el humor fino y delicioso, la risa mal escondida y la ironía de buena ley. No sabemos qué tan cierto sea el parecido, pero el lenguaje conciso y sentencioso y el conte-

nido de su ideas hacen del autor de "*El oráculo manual*" una de las figuras más caracterizadas y más discutidas de las letras castellanas; uno de esos autores fundamentales para una literatura que requieren una y otra vez la atención de las gentes, cuyo idioma se enriquece con imágenes replegadas en una concisión de laberinto.

El más grande secreto de un escritor radica en saber demostrar en su obra que es superior a lo mismo que produce, en enseñar a propios y extraños que hay más genio en su vida que en sus libros. Y ésta fue la cualidad fundamental de Baltasar Gracián, el autor que en "*Agudeza y Arte de Ingenio*", ya advertía lo que ahora nosotros estamos repitiendo: "*Es gran eminencia del ingenio artificioso llevar suspensa la mente del que atiende y no luégo declararse*".